

January 2007

Una palabra vale más que mil imágenes

Hermano Carlos Gabriel Gómez Restrepo. Fsc.
Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Gómez Restrepo. Fsc., H. G. (2007). Una palabra vale más que mil imágenes. Revista de la Universidad de La Salle, (43), 9-13.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Una palabra vale más que mil imágenes¹

Hermano Carlos Gabriel Gómez Restrepo. Fsc.²

“Leer el mundo con los cinco sentidos” fue el tema inspirador de la Semana de Lenguas Modernas de la Universidad de La Salle en el 2006. Fue, sin duda, un escenario muy desafiante para presentar el Plan Lector que hemos venido animando en los últimos años. No obstante, para un desprevenido lector, pudiera resultar cierto que leer requiere fundamentalmente el sentido de la vista y, acaso, un ejercicio mental de procesar información. Quiero, desde el principio, dejar claro que para mí leer es una gran responsabilidad, una apasionante actividad que requiere la inmersión total de la persona y una actitud interactiva y dialógica para realizarla. Otra aclaración: reconozco que hay distintas formas de leer y que obviamente en el mundo de hoy y para las actuales generaciones no se limitan al libro o al texto escrito.

Sí creo que aunque se nos dice continuamente que “una imagen vale más que mil palabras” y se da por cierto, sin más, yo soy de los que se matricula en la escuela de que la palabra vale más que mil imágenes. Creo en la palabra, sea oral o escrita, y pienso que para leerla se necesitan más que cinco sentidos. Soy un convencido de que la palabra es mágica, de que la palabra cura, inspira, transmite el alma, lleva los sentimientos, despierta la imaginación, hiere, sana, atropella, recrea; en pocas palabras, tal como también lo entendieron los griegos, es la capacidad de pronunciar “palabra” la que nos distingue de los demás seres vivos.

Ya San Juan en su Evangelio, sin duda utilizando categorías griegas, nos dice que “Al principio existía la *Palabra*, que la *Palabra* estaba en Dios, que la *Palabra* era Dios”. Y continúa diciendo, ya para explicar el misterio de Jesucristo que “llegado el tiempo, la *Palabra* se hizo carne y puso su tienda entre nosotros”. Ya antes, los escritores sagrados en la narración del Génesis nos habían mostrado que Dios crea con su palabra, y escriben la frase inmortal que todos conocemos “Y, *dijo* Dios, ‘Hágase la Luz y la Luz fue hecha’”.

Para los griegos era en el LOGOS donde residía la fuerza de la inteligencia, el poder de los dioses, la razón de ser de la Filosofía. El razonamiento correcto al que Aristóteles le había dedicado parte de su ciencia conformó lo que hoy llamamos LÓGICA. Y el razonamiento lo entendió el Estagirita como el pensamiento metódico que podía ser expresado de manera clara y distinta por medio de conceptos transmitidos por palabras. Es decir, la palabra como vehículo de la inteligencia. El Logos es la Palabra. Nos han enseñado distorsionadamente cuando se nos dice en aproximaciones etimológicas que “logía” significa tratado. Es parcialmente cierto. Debiéramos decir más bien que “logía” significa “palabra que pronuncia la persona sobre un campo particular de conocimiento”, siem-

¹ Palabras de apertura de la Semana de la Facultad “Para leer el mundo con los cinco sentidos”. Martes 11 de Septiembre de 2006.

² Vicerrector Académico de la Universidad de La Salle.

pre y cuando entendamos como palabra a la inteligencia que intenta dilucidar el misterio y puede ser pronunciada. Por eso “logía” es, así, sinónimo de ciencia.

Por todo esto sigo convencido de que la palabra, que apareció primero para ser pronunciada y después para ser escrita y por tanto inmortalizada, trasciende las mil imágenes que los medios suelen darnos ya elaboradas y que no exige mucho de nosotros. La palabra oral o escrita hay que dilucidarla, imaginarla, procesarla, luchar contra ella, luchar con ella, doblarla, exprimirla; sin todo esto no hay lectura verdadera. La palabra, pues, exige como ninguna otra vía de comunicación los cinco sentidos. La imagen suele volvernos espectadores pasivos, la palabra nos exige ser activos, creativos y críticos. En este sentido me gusta pensar que hoy con tanta invasión de imágenes, debiéramos ser algo iconoclastas y volvernos más “logófilos”. Son tantas las cosas que podrían ponernos de frente a la importancia y la reverencia a la palabra. ¡Qué importante poder volver a decir en Colombia: Hombres y Mujeres de palabra! Un programa para rescatar en la Universidad y en la sociedad: el valor de la palabra como transmisora de cultura, de ciencia, de sentimientos, de lo que somos. Y, ahora, voy a recurrir a una “imagen”: La palabra que pronunciamos es la mejor fotografía de nosotros mismos. Como solía decir Emerson: “Emplea el lenguaje que quieras: nunca podrás expresar sino lo que eres”

No obstante, la lectura, cualquiera sea el tipo que hagamos, reviste toda una complejidad que no solo consiste en pasar los ojos sobre una realidad, sea el libro, la palabra escrita, la imagen, el paisaje, los lenguajes silenciosos, o los sentimientos. No, leer es un asunto más complejo que nos exige poner todas nuestras aptitudes, sentidos, sentimientos y contextos a funcionar para, realmente, poder lograr el cometido. Leer es interpretar, leer es digerir y no solo ingerir, leer es relacionar, leer es comprender, en mejores palabras, leer es contemplar, viajar, dialogar, discutir, y sentir.

Los mejores libros nos llevan, sin duda, a muchos mundos que solo pueden experimentarse al embebernos profundamente en la lectura. Recuerdo, leyendo la inolvidable novela de Patrick Süskind, “El Perfume”, cómo se va uno sumergiendo en la narrativa hasta el punto que, inconscientemente, empieza uno a percibir los olores y a sentir no solo el temor de ser detectado por un asesino en serie sino, incluso, de tratar de imaginar el propio olor, el perfume que desnuda el alma, no el que la distrae. No sé si pudiera ahora recurrir al olfato, pero creo que nuestra palabra es el mejor perfume que podemos producir. Y, otra vez con Emerson. “Más podemos conocer de una persona por lo que ella dice de los demás, que por lo que los demás comentan de ella”. Ese es nuestro perfume.

La lectura de la palabra es también, además de ser perfume e imagen, es creación y sueños. Leer la mitología de los

griegos siempre me impresionó y me permitió soñar las cosas más inverosímiles. Gocé con Ícaro y Dédalo huyendo de Creta, escapando para lograr la libertad, después de que Minos los había confinado por haber ayudado en la consumación de la infidelidad de Pasífae, su esposa, de quien nació el minotauro. Siempre hemos oído que Ícaro voló como Dédalo y que fascinado por el invento, se entusiasmó demasiado hasta el punto que los rayos del sol derritieron la cera de sus alas y se precipitó al mar. Pero Dédalo, también con alas y volando, fue prudente, continuó su viaje y aterrizó en Sicilia donde continuó su creación arquitectónica. Una fantástica alegoría, ésta, para ponernos de frente a los peligros de absolutizar la tecnología y actuar imprudentemente. Pero también gocé con Hermes, el hijo de Zeus y su mensajero. De alguna manera el dios era el encargado de llevar “la palabra” del rey del Olimpo, por eso tenía sandalias aladas y caduceo, distintivo de su oficio de mensajero y señal de inviolabilidad personal. Pero Hermes también abusó de la palabra y de su oficio. En momentos fue embaucador y mentiroso. Sin embargo, como a tantas otras cosas en la historia, el dios griego inspiró el nombre de un arte que tiene que ver con el asunto que nos ocupa: la Hermenéutica, el arte de interpretar la palabra, las teorías del significado y hasta la comprensión de los textos.

Me es imposible en esta ocasión que hablamos de lectura y que he hecho referencia a los griegos de la antigüedad no hacer referencia a un lugar, a una historia, a una aventura que siempre ha impactado mi vida. Me refiero a la Biblioteca de Alejandría. Siempre he considerado que la mayor manifestación del genio de Alejandro no fue tanto su capacidad militar que lo llevó a conquistar el mundo conocido de la época cuando era apenas un jovencuelo. No en vano su imperio llegó hasta la India, hasta las fronteras del Ganges. Fundó innumerables Alejandrías por el camino que lo llevó a la gloria. Pero, la Alejandría a la que quiero referirme, la del delta del Nilo; ésta lo hizo inmortal, porque le permitió trascender lo efímero de un imperio para conquistar la inteligencia humana y hacerse, entonces, eterno. En esto fue muy griego: Grecia no fue tanto un proyecto político cuanto un proyecto intelectual. Por eso, casi siempre vencida por las potencias, conquistó a los vencedores con su filosofía, su ciencia, su cultura. Su influjo sigue incólume veinticinco siglos después.

Alejandro concibió la ciudad y ordenó al arquitecto Deinokrates que la trazara. Alejandro no llegó a verla jamás. Se cuenta que sus restos fueron trasladados a Alejandría pero, en uno de los innumerables saqueos, su tumba fue profanada y no solo desapareció su cuerpo sino muchas otras riquezas enterradas con él. Pero, para hacer honor a la verdad, el Museo y la consecuente Biblioteca fue fundada por Tolomeo I, llamado Soter, el Salvador, quien estableció su propio reino en Egipto después de la disolución del imperio de Alejandro, poco tiempo después de su muerte. Fue Tolomeo el visionario que además tuvo la obsesión de ser un buen gobernante

y entendió que los libros, la discusión académica y la disciplina eran la mejor vía. ¡Qué lección para los políticos de hoy! Tolomeo quiso conseguir las obras originales de la época y lo logró. No fue fácil, los gobernantes vecinos veían cómo el poder del rey de Egipto crecía y temían que se volviera Faraón. Pidió a Demetrio de Falero, tirano de Atenas y quien vivía el ostracismo en Tebas, que se encargara de la organización de la biblioteca. Demetrio aceptó, y como discípulo que era del gran Aristóteles, lo hizo con lujo de detalles.

Por la presión y el poder de Tolomeo logró que Atenas le prestara los originales de los trágicos Eurípides, Sófocles y Esquilo, los que fueron copiados y devueltos a Atenas. Así fueron llegando obras innumerables a la biblioteca. Los mercaderes entendieron pronto que el mejor pasaporte para sus negocios y para llegar a los inagotables graneros de Egipto era llegar con libros. Estos se copiaban y liberaban. Así se fue haciendo grande la biblioteca. Cuentan que en su mejor época llegó a tener más de 700.000 manuscritos, casi toda la ciencia de la antigüedad. Tanto movimiento y dinamismo hizo necesario nombrar el primer bibliotecario: Zenódoto de Éfeso, a quien cabrá el honor de ser el primero de la historia y el primero de Alejandría.

Zenódoto, ciertamente, entendió que su oficio no solo era cuidar los libros. Era un lingüista y, quizás también, el padre de la lingüística comparada. Empezó por organizar la obra de Homero y reparó en que no existía una sola versión sino varias, las que estudió en paralelo. Señaló las líneas que le parecieron dudosas, organizó los cantos de la *Iliada* y la *Odisea* y, sin duda, abrió un camino muy fértil para el estudio de la lengua griega. Son numerosos los bibliotecarios que enriquecieron con su tesón y ciencia la Biblioteca. No podría nombrarlos todos hoy, pero quiero recordar los nombres de Calímaco de Cirene, el creador del primer catálogo de los libros llamado “Las Tablas” –un buen índice para los usuarios; Apolonio de Rodas –otro literato, filólogo y autor de la célebre *Argonáutica*; Aristarco de Samotracia –conocido como el mejor “académico” de la antigüedad, literato, historiador, gramático, y apodado el *gammatikotatos*, es decir, “el muy correcto”.

Muchos también fueron los científicos que pasaron por la Biblioteca, algunos fueron víctimas de la defensa de sus ideas. Cómo no recordar a Eratóstenes de Cirene que midió la circunferencia terrestre, Arquímedes –el de las palancas, Filón de Alejandría –uno de los neoplatónicos, Claudio Galeno –el famoso médico, Claudio Tolomeo –el geógrafo, Hipatia de Alejandría –la primera científica y mártir de la intolerancia religiosa contra la academia, Juan Filopón, llamado ‘El Gramático’ –quien afirmó que la ciencia no contradice las enseñanzas de los textos sagrados, y muchos más que consolidaron, con su ciencia, la idea de Occidente.

La Biblioteca no era, ciertamente, un depósito de libros. Era una cantera de inquietudes, un venero de ciencia, un espacio para la búsqueda de respuesta a las grandes inquietudes que siempre han angustiado a la humanidad. Sus usuarios no eran lectores pasivos, eran buscadores incansables, caminantes del pensamiento, contemplativos de la historia y de la vida, gente que no se resistió a creer lo que todos creen, a actuar como todas actúan, a decir lo que todos dicen, o simplemente a dejar pasar la vida sin pensarla. En la lectura encontraron la posibilidad de entrar en contacto con otros autores, con otros tiempos, con otros lugares y, así, expandir las mentes y alcanzar las profundidades que solo da la reflexión metódica y el mundo de las ideas.

En Alejandría también se guardaron las obras de Platón que, por fortuna, se pudieron conservar. Ya Platón en *La República* nos había propuesto el mundo de las ideas y lo hizo con la alegoría de la caverna. Solo los que se resisten a creer que el mundo son las sombras que se captan por los sentidos son los que descubren el mundo de la luz. Otra forma de decirnos que iluminar la mente es el mejor camino a la libertad y al conocimiento. La lectura, sin duda, nos da las herramientas para acrisolar espíritus libres. Hoy diríamos, para mejorar a Platón, que tenemos que leer la realidad con los Cinco Sentidos.

Lastimosamente, la biblioteca fue víctima del fanatismo y la intolerancia. Primero de los romanos en sus conquistas, de los intereses políticos y religiosos sobre Egipto en los siglos II y III, de los cristianos en el siglo V lo que representó su ruina y la destrucción de buena parte de sus recursos. La Biblioteca fue saqueada y destruida durante varios siglos. Hoy pervive la leyenda, sin duda no histórica, de la destrucción total en el siglo VII. La leyenda cuenta que la invasión del Califa Ómar y sus huestes representó el fin de la biblioteca y su destrucción total en el año 642. Sus libros habrían alimentado las termas de Alejandría por seis meses. Se cuenta, que ante el pesar que sentía el General Amr ibn al-As, el encargado de consumir la destrucción, el Califa le habría dicho hablando de los libros de la biblioteca: “Si su contenido está de acuerdo con el libro de Alá, podemos prescindir de ellos puesto que, en ese caso, el Corán es más que suficiente. Si, por el contrario, contienen algo distinto de lo que el Misericordioso dijo al Profeta, no hay necesidad alguna de conservarlos”. Leyenda, sin duda, pero, más allá de su historicidad, nos sirve para ilustrar que las mentes cerradas de todos los tiempos y de todos los orígenes siempre ven en los libros, en la palabra inteligente y en el conocimiento, una amenaza. También hoy abundan quienes quieren impedir que el mundo de las ideas sea para todos y no solo para los pocos iniciados.

La historia de la humanidad es también, de alguna manera, la historia del libro. De los viejos papiros y códices, a la invención del libro impreso, y a los medios electrónicos de

hoy, la lectura ha sido el elemento decisivo para entrar en contacto con la historia, con la conformación de la idea de humanidad, con el modelamiento de la mente y la creación de las culturas. Sin embargo, es tanto lo que la humanidad ha producido desde la invención de la escritura que es imposible leer siquiera en una vida lo que se produce en el mundo de hoy en un día. Hoy asistimos a la inundación de información, al sentirnos náufragos en el mundo de las ideas, a la incapacidad de poder escoger entre tanta producción qué podría ayudarnos a tener un marco fundamental para formar el criterio y tener una información y una formación suficiente para poder sobrevivir con un acervo que, a la vez, nos permita profundizar y crear.

Harold Bloom, un gran académico estadounidense, escribió un delicioso ensayo que llamó "El Canon occidental". Su preocupación era plantear la necesidad de encontrar unos pocos autores que pudieran ser consagrados como los gestores o configuradores del pensamiento de Occidente y que la historia ha consagrado como "clásicos". Así, plantea que el Canon se ha convertido en una elección entre textos que compiten para sobrevivir, ya se interprete esa elección como realizada por grupos sociales dominantes, instituciones educativas, tradiciones críticas o... por autores de aparición posterior que se sienten elegidos por figuras anteriores concretas. Así sentencia que "Toda poderosa originalidad literaria se convierte en canónica".

Este llamado de Bloom es clarividente pese a que me parece cuestionable su planteamiento en contra de lo que él mismo llamó "la escuela del resentimiento", la cual pondría toda producción al mismo nivel y, además, trocaría los valores estéticos por los planteamientos de la lucha de clases, o de género, etc. Sí pienso que una institución educativa debe proponer un conjunto de lecturas que sirvan de abre bocas a mundos más complejos y que sirvan de puerta de entrada a escuelas de pensamiento, culturas, épocas de la historia, hitos en la conformación del pensamiento de la humanidad y, claro, de tradiciones culturales, ideológicas y políticas que solo pueden ser abordadas con conocimiento de causa. No se puede vivir de argumentos prestados sino que lo mejor es ir a las fuentes para configurar el pensamiento propio. Y, sin duda que la historia de la humanidad y del pensamiento nos ponen de frente a grandes hitos que sobresalen en la ingente producción de siglos y siglos de pensamiento.

Todo este prolegómeno simplemente para poner en contexto el plan lector de la Universidad de La Salle. Hace un año empezamos a darle forma a la idea de la necesidad de incrementar la lectura en la comunidad universitaria. No es un secreto para nadie que los niveles de lectura de los colombianos es bajísimo, lo cual también incluye a los estudiantes universitarios. Las cifras más recurrentes dicen que el colombiano promedio lee 2.4 libros al año, mientras que el rango

internacional está por los 11 libros. También sabemos que hay una relación proporcional entre desarrollo socio-económico de los países y sus niveles de lectura, en otras palabras, se lee más en los países llamados desarrollados. Son varias los factores que podrían esgrimirse al respecto: el problema de la calidad de la educación, la insuficiencia de bibliotecas, el costo de los libros y la capacidad adquisitiva nacional. Sin duda que son factores importantes. No obstante, podríamos añadir que también hay un problema de cultura y de poca tradición lectora.

Todos los educadores y pensadores son enfáticos en llamar a la importancia de la lectura. Si la Universidad es el lugar de la ciencia, de la producción del conocimiento, de comunicación de las ideas, de crítica a los planteamientos, entonces la lectura es un insumo sin el cual no se podría lograr la apropiación del conocimiento. De otro lado, la formación del criterio y la posibilidad de la crítica imponen la lectura selectiva porque es imposible leerlo todo. Lo ideal sería leer mucho y, este es un objetivo que debería darse como consecuencia de un plan lector: hacer descubrir la pasión de la lectura y que el lector empiece a buscar su propio camino, a encontrar sus propios autores, a construir sus propios mundos y, por qué no, crear de su propia cosecha. Sin embargo, un proyecto de esta naturaleza tiene un objetivo más modesto: lograr que se lea una selección de obras completas que sirvan a su vez de prueba para mundos más fascinantes, adquirir un acervo informativo que permita iluminar el ejercicio de la profesión, y poseer un legado cultural selecto, necesario a una persona cultivada y educada en la educación superior y para lo superior.

El plan lector de la Universidad de La Salle contempla así dos componentes: 20 libros generales y 80 libros disciplinares, es decir, los 100 libros que por lo menos todo egresado de la Universidad debe haber leído completos durante su vida universitaria en el pregrado. Esto es lo que llamamos el Canon general y el Canon disciplinar. Los 20 libros generales hacen referencia a la historia del humanismo y de la formación de las ideas, los libros que pueden servir de llave a las culturas, a las épocas de la historia, a hitos fundamentales en la conformación del pensamiento. Son una selección de literatura, filosofía, política, religión, poesía, colombianidad. La lista es, sin duda, incompleta; más aún, podría herir gustos y sensibilidades diferentes. Nunca la hemos pensado como invariable sino como un ejercicio de ofrecer algo que nos permita el diálogo y la discusión universitaria a partir de referencias que, en algunos casos han sido denominados clásicos y, en otros, hacen parte del sabor nacional que ayuda a poder pensar mejor a Colombia. Soy consciente de que la palabra "canon" puede producir cierta inquietud. De hecho su significado casi siempre nos lleva a equipararla con ley o normatividad. Ciertamente que ese es una de sus acepciones. Pero canon también tiene su significado musical y, en este caso,

hace referencia precisamente a diversidad, a voces que cantan a contrapunto, pero que juntas producen armonía. En nuestro caso, el canon es una invitación a la diversidad de la producción intelectual humana.

Esto explica por qué entre los 20 libros generales encontremos a “Don Quijote”, “Crimen y Castigo”, “Hamlet”, “La Metamorfosis” y “El Viejo y el Mar” como parte de la herencia literaria, además de los “Cien Poemas de amor y una canción desesperada” como un bocado de poesía; “La República”, “Los Cuatro Libros” de Confucio y “Zaratustra” junto con “El Príncipe”, “El Espíritu de las Leyes” y el “Manifiesto del Partido Comunista” como aproximación a la Filosofía y a la historia de las ideas políticas. “La Biblia”, “El Corán” y “Centésimus annus” como una aproximación al pensamiento religioso; y “Los Siete Saberes necesarios para la educación del futuro” para ayudar a la reflexión sobre la complejidad y las competencias básicas para la educación. Finalmente, el sabor de la nacionalidad: “Cien años de Soledad” y “Delirio” para saborear algo de la literatura colombiana que ha enriquecido la literatura universal; y, la “Constitución Política de Colombia” y “Conflicto: Callejón con salida” para abordar parte de nuestra realidad y nuestras instituciones.

Los 80 libros disciplinares pretenden definir los “clásicos” que todo profesional de determinada disciplina debe haber leído como fundamentación de su área, al estilo de esos libros a los que siempre volvemos pese a que los años nos han alejado de los claustros universitarios. Siempre habrá que renovar esta lista, siempre habrá actualizaciones y nuevos planteamientos. Sin duda que todo profesional tendrá que continuar con su formación permanente y leer mucho de su disciplina si quiere mantenerse al día. Pero que por lo menos los 80 disciplinares que cada uno lee en la Universidad representen lo clásico de su profesión y el estado del arte de los componentes fundamentales de los campos del conocimiento que sustentan su profesión al momento de su paso por la Universidad.

En pocas palabras, más allá de lo cuestionable que sea la lista que conforma el “Canon General”, se ha querido que su definición sea un proceso participativo. Ya esta parte fue apasionante. Ahora cada Facultad ha ido definiendo su “Canon Disciplinar”: Otra batalla de ideas enriquecedora y llena de argumentos que dan vida a la cotidianidad universitaria. Pretendemos, sí, despertar la pasión por la lectura; la apertura de mundos que esperan pensadores, críticos y creadores; y acrecentar en nuestros estudiantes la pasión por el conocimiento, el aprendizaje personal, y la formación del criterio para asegurar que nuestro lema sea realidad: Educar para pensar, decidir y servir.

De niño aprendí un soneto, de tres inmortales que escribió Elías Calixto Pompa, y que hoy quiero recordar al finalizar esta intervención:

Es puerta de la luz un libro abierto,
entra por ella, niño, y de seguro
que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.

El ignorante vive en el desierto,
donde es el agua poca, el aire impuro;
un grano le detiene el pie inseguro;
camina tropezando, *¡vive muerto!*

En ese de tu edad abril florido
recibe el corazón las impresiones
como la cera al toque de las manos:

Estudia, y no serás cuando crecido
ni el juguete vulgar de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.

Que al leer el mundo con los Cinco Sentidos les ayude a situarse críticamente frente a la sociedad y también los lleve por el camino de las ideas, de las propuestas y de la creación. Y, recuerden, “una palabra vale más que mil imágenes”.